GIANINA VILLAGRÁN

ROSA VENTORUM



Áurea Ediciones

© Rosa Ventorum
Sello: Nepenthe
Primera edición: Agosto 2024
© Gianina Villagrán
Director editorial: Aldo Berríos
Ilustración de portada (basada en los personajes de
Gianina Villagrán): José Canales
Ilustraciones interiores Gianina Villagrán
Corrección de textos: Gabriela Balbontín
Diagramación: Marcela Bruna
Diseño de portada: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN: 978-956-6386-14-8

AUREA
EDICIONES

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Dedicado a quienes han visto crecer a estos monstruos y me impulsaron a publicar y expandir este mundo:
Daniel, Lita, Brian y a mi querido esposo, Felipe.
Gracias por creer en mí y en este mundo.

"A mitad del camino de la vida, en una selva oscura
me encontraba, porque mi ruta había extraviado.
¡Cuán dura cosa es decir cuál era esta
salvaje selva, áspera y fuerte, que me
vuelve el temor al pensamiento!"

"*La Divina Comedia*", *Canto I*,
—Dante Alighieri.



Prólogo



La rutina, las nimiedades, el protocolo y las reglas. Esos pequeños muros han contenido a la esencia humana, una cadena de leyes para nuestros primitivos impulsos.

¿Quién iba a pensar que esas cadenas de papel desaparecerían de golpe en una noche?

En aquel frío anochecer, la tinta se convirtió en sangre y aquellos muros en cuentos de hadas; el viento decidió abrir las puertas del pandemonio que yacía en nuestras almas, dejando que la niebla, el hielo, la lluvia y la tormenta liberasen el miedo que yacía dormido en nuestros condenados corazones.

Capítulo I
Estrella fugaz



21 de julio de 2024
General Mackenna, Cerro Yungay
Valparaíso, Chile
Día 0 desde el Brote
06:05 a. m.

Ese frío día de invierno, Anthony Rodríguez se despertó temprano. Era su último día libre, pero su reloj biológico, ya adaptado al ritmo del trabajo, lo había obligado a abrir los ojos. Su habitación estaba oscura y a lo lejos un débil murmullo le recordó que se había dormido con la televisión encendida.

Frunció el ceño, el brillo de la pantalla punzaba en sus ojos, diluyendo lo que quedaba del sueño en su cuerpo, arrastrándolo devuelta a la realidad. Dejó su tibia cama, maldijo para abrir las cortinas y vio el casi negro cielo invernal iluminado por las luces de algunos vehículos y las de los edificios más cercanos. El cielo se veía tan muerto, pero le gustaba mirarlo, había algo en su inmensidad que

lo calmaba y le hacía olvidar sus problemas.

Escuchó una puerta abrirse en la habitación de al lado, era su amiga Isabel. Ella y su hermano menor Pablo se habían instalado a vivir en el pequeño departamento de Anthony, tras haber perdido su hogar durante un incendio unos años atrás.

Por la cantidad de ruido en la cocina, al parecer se estaba preparando para ir a trabajar al Hospital en Valparaíso. Oía su rápido andar sobre el suelo y el tintineo de su taza mientras preparaba su desayuno.

—¡Ouch! —la escucho soltar un pequeño grito. Al parecer se había quemado al beber el agua.

Sonrió un poco, le gustaba esa alegría y torpeza.

Aunque también estaba despierto a esa hora, no quería verla, se sentía avergonzado. Se apoyó contra la puerta de su habitación escuchando a Isabel, su teléfono sonó y una voz alegre y coqueta comenzó a hablar. Apretó los puños al notar que estaba hablando con el maldito de su novio y suspiró con rabia para volver a la cama, intentando descansar un poco más antes de volver al Cuartel.

Enfocó su atención en las noticias: hablaban sobre extrañas desapariciones en la región. Se creía que podrían ser secuestros o, en el peor de los casos, algún asesino en serie, un misterio que tenía a varias comisarías y divisiones de Carabineros y la Policía de Investigaciones indagando por toda la región sin hallar respuestas sólidas. Incluso ya se comentaba que la Armada y las Fuerzas Militares se unirían al proceso si esto empeoraba, pero eso no lo sabían los medios.

Los hechos eran extraños. Nada tenía sentido. No había ningún patrón que confirmase alguna de las teorías de los medios, ni la del asesino ni la de los secuestros, aun cuando se habían encontrado restos humanos dispersos en distintas

partes de la región. Restos que parecían mutilados por animales salvajes...

—Nos vemos en el trabajo, amor. Chao —escuchó la puerta cerrarse con fuerza casi al mismo tiempo que acabó la llamada.

La voz de Isabel lo apartó de sus pensamientos. Ella había partido, pero seguía presente su corazón. Presente en su piel.

Miró el cielo buscando luces de un nuevo día para vivir e intentar olvidar el dolor.

"*Un corazón roto puede ser tan devastador como la misma muerte*", pensaba y se preguntaba cómo había podido ser tan ingenuo para creer que él e Isabel podrían ser algo más que amigos. Ya habían pasado un par de días desde aquel incidente, donde ese frío rayo de esperanza lo ató al abismo de la vergüenza, burlándose de sus sueños. Se sentía débil y devastado. *Usado*.

Y aquel día parecía restregárselo en la cara: solo, rodeado por un cielo oscuro, una fuerte lluvia y un aire tan frío como el acero. Creía que los ánimos con suerte le servirían para llegar a la ducha, lo cual ya era una buena señal. Se despojó de su pantalón de polar y entró de mala gana. Dejó que el agua ardiente cayese sobre él, esperando que el dolor que tenía en su interior se diluyera.

Pasaron varios minutos hasta que logró sentirse limpio. Cerró el agua, salió de la ducha y comenzó a secarse. Sin ánimos, apartó el cabello pelirrojo de su rostro, para luego secar su piel salpicada de pecas, pensando que le daban un toque infantil para su edad. Caminó un poco, limpió el vapor del espejo y vio como sus odiosos ojos azules, alegres hace un par de días, lo miraban exponiendo toda su frustración, vergüenza y rabia.

—Al final siempre acabamos queriendo a quien más nos daña. ¿O no? —le dijo con rabia a su reflejo tras secarse la cara. Tenía los ojos irritados y le dolía la cabeza. No había logrado dormir bien la noche anterior—. Quizás ella aún tiene algo pendiente con él y por eso cambió de opinión, de seguro es eso... —intentó sonreír y engañar a su reflejo—. *Debe ser eso.*

Durante años había sido amigo de Isabel, y nunca se dio cuenta de que estaba enamorado de ella hasta que comenzaron a vivir juntos. Ella siempre había estado presente en su vida para acompañarlo y brindarle apoyo, especialmente en aquellos momentos en los que estaba a punto de renunciar a la vida.

Él había querido retribuir su apoyo y no fue hasta el desgraciado incendio que ocurrió en Valparaíso hace unos años, que al fin sintió que podía realmente hacer algo por ella. Sintiendo el amor crecer, pero aceptando la idea de que solo sería su amigo. Hasta que ocurrió el *incidente*.

El novio de Isabel la había dejado por sorpresa, negándose a darle explicaciones. Simplemente la había sacado de su vida. Y ella, en su desesperada confusión y soledad, buscó consuelo en los brazos de Anthony: el amor de alguien que la amase de verdad. Pero la angustia del deseo acabó por convertirse en una válvula de escape e Isabel buscó en su piel el calor de otro, dejando salir de sus labios palabras de amor y promesas efímeras, cuando dejó caer su despecho sobre el corazón que menos merecía recibirlo.

Tony vio el cielo y comenzó a imaginar su vida con ella tras haberle entregado su cuerpo y su corazón. Comprobó que su esperanza solo era una estrella fugaz.

Al día siguiente Isabel le dijo que había vuelto con su novio, que lo que había sucedido entre ellos había sido un

error, que se sentía avergonzada y sepultó aquella noche en sus recuerdos. "*Esto te pasa por ser tan ingenuo*", con rabia vio que aún conservaba las marcas de pasión que sus uñas habían dejado sobre su espalda.

Bufó de frustración y salió del baño, azotando la puerta contra la pared. Escuchó cómo vibraban las ventanas, con la lluvia arañando furiosa el edificio y dando una advertencia sobre la desdicha que remecería el mundo de los mortales.

El viento gritaba sobre los árboles, anunciando que aquella semana continuaría tornándose cada vez peor. El teléfono de Anthony comenzó a sonar. Algo extrañado vio que lo llamaban del Cuartel.